

Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección-textil madrileña

PILAR DÍAZ SÁNCHEZ
Seminario de Fuentes Orales (UCM)

RESUMEN

El presente estudio pretende analizar la actividad laboral de las mujeres dedicadas al trabajo de costura en Madrid desde que asistían a los talleres de tradición familiar y con una organización de base gremial, hasta su paso a las fábricas de textil-confección que aplican el sistema de Organización Científica del Trabajo. Por lo tanto es el paso de la célebre «modistilla» a la obrera que pierde el oficio y realiza una labor mecanizada, similar a la de cualquier otra actividad de este sistema de trabajo. Se destaca el papel que juegan las madres en la trayectoria laboral de las chicas así como la peculiaridad de su condición femenina. El periodo de estudio abarca desde principios de siglo XX hasta los años setenta, y compagina las fuentes historiográficas con las orales y literarias.

ABSTRACT

The presente study tries to analyze professional activities of women devoted to textile work in Madrid, from their tradition workshops with a guild basis organization, till the textile-clothing factories applying a Scientific Organization of Work system. This is, therefore, the step from the well-known «dress-maker's assistant» to the factory worker who loses her professional profile and does a mechanized job similar to any other activity within the same working system. The role played by the mothers in the working girls' laboural trajectory is highlighted as much as the peculiarity of their genre. The period under study goes from the beginning of the XXth century till the 70's and brings the historiographic sources into line with the oral and literary ones.

En Madrid la imagen típica de las obreras la aportaban tradicionalmente las cigarreras. La fábrica de tabacos de Embajadores ocupaba a tantas mujeres que todo el barrio centro y sur de Madrid estaba muy marcado por su presencia. Salían a la calle en demanda de sus derechos laborales, siempre que lo requería la

ocasión¹. Desde finales del siglo XIX el oficio de las modistillas alternaba con el de las cigarreras en el panorama laboral femenino, aunque «‘las obreras de la aguja’, como se llamaba a las costureras, eran más discretas y moderadas que las cigarreras. Carecían de espíritu de clase y soportaban con mayor resignación la vil explotación a que estaban sometidas», como dice Paloma Fernández Quintanilla². Seguramente esta moderación era debida a que trabajaban de forma aislada, normalmente en talleres pequeños, en bajos de portales, en el siglo pasado en torno a la calle de San Bernardo, antiguo Noviciado, o bien se realizaba la labor en el domicilio particular, con un sistema de remuneración a destajo, por piezas, muy mal pagado y peor reconocido. Pío Baroja recoge en sus novelas el ambiente en que vivían estas chicas, como en el caso de «*Lulú que bordaba para un taller en la calle de Segovia, y solía ganar hasta tres pesetas al día. Con esto, unido a la pequeña pensión de doña Leonarda, vivía la familia. Niní ganaba poco, porque aunque trabajaba, era torpe. Cuando Andrés iba por las tardes, se encontraba a Lulú con el bastidor en las rodillas, unas veces cantando a voz en grito, otras muy silenciosa. Lulú cogía rápidamente las canciones de la calle y las cantaba con una picardía admirable. Sobre todo, esas tonadillas encanalladas, de letra grotesca, eran las que más le gustaban*»³.

Las modistillas⁴, a principio de siglo, transmitían una imagen muy alegre y eran muy provocadoras, tenían fama de pícaras y se las disputaban los señoritos para presumir de novia y poder llevarlas a cualquier verbena o mendero. La salida de los talleres grandes se llenaba de galanteadores a los que increpaban las chavalas, con una gracia y un desparpajo muy peculiar. Como en el caso de la bordadora de Baroja: «*muchas veces Lulú dejaba el bastidor y se largaba a la calle a comprar algo en la mercería próxima y contestaba a las frases de los horteras de la manera más procaz y descarada*».⁵ Este bagaje cultural lo heredarán, de alguna manera, las chicas de las fábricas del textil-confección cuando se desarrolle esta industria en Madrid⁶.

¹ Para conocer el tema de las cigarreras en Madrid resulta imprescindible el estudio realizado por Candela, P.: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Madrid, Tecnos, 1997.

² Fernández Quintanilla, P.: *Mujeres de Madrid*, Madrid, Avapiés, 1984, p. 52.

³ Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1978, p. 75.

⁴ «Las chavalas eran todas modistillas. Sabían coser primorosamente e iban mal vestidas y admirablemente calzadas. Las faldas cubrían hasta los tobillos, y, por lo tanto, no importaba que las medias fuesen de algodón. En primavera y en verano usaban el mantoncillo de crespón. Los peinados relucían en bandolina. Si se ponían en relaciones con un hombre era para casarse con él.». Esta descripción está sacada del libro de Díaz-Cañabate, A. *Historia de una Taberna*, Madrid, Austral, 1997, p. 158.

⁵ Pío Baroja, *op. cit.*, p. 76.

⁶ La base para este trabajo reside en la Tesis doctoral presentada en el Departamento de Historia Contemporánea de la U.C.M. en enero de 1999 titulada «El trabajo de las mujeres en la industria textil madrileña: 1959-1986», dirigida por M.^ª Carmen García-Nieto y Elena Hernández Sandoica, que utilizó, entre otras, las fuentes orales como método de investigación.

Sin embargo la imagen de las modistillas no debía ser todo lo feliz que la literatura costumbrista nos trasmite ya que «el popular término modistillas, con que se las denominaba en Madrid, está reflejando la escasa consideración social de que gozaban. Este término despectivo, iba unido a la imagen de jóvenes bulliciosas, frecuentadoras de bailes y verbenas, de moralidad dudosa, aficionadas, algunas, a la bebida; muchas, a la lectura ‘dañina’; y, la mayor parte, a la búsqueda de marido»⁷.

Hasta 1920 la situación laboral de estas trabajadoras era tan penosa, que no debía ser raro encontrarnos con situaciones tan extremas como la que se describe en el párrafo anterior.

En los años veinte existían en Madrid talleres de costura bastante grandes, —de bordadoras sobre todo—, que empleaban gran cantidad de mano de obra femenina. En el barrio de las Delicias había un taller «La Bordadora española», en los años veinte:

«Había chicas de quince, dieciséis, hasta veinte años, todo lo más eran chicas de veinte años, todas chicas jóvenes, allí llegamos a ser más de mil (...), era el número 20 del Paseo de las Delicias, después en la República fue una Biblioteca (...), allí admitían a todo el mundo, nos daban 75 céntimos; desde que entrabas te daban 75 céntimos al día, aunque no supieses hacer nada (...). Tenía catorce o quince años (...) los maestros que sabían bordar eran franceses (...) el ambiente era estupendo, con tantas chicas jóvenes (...), además como los dueños eran extranjeros, eran mejores (...) yo he preferido trabajar antes con extranjeros que con españoles (...) los derechos sociales te los daban antes y mejor (...), allí había una chica de UGT yo hasta entonces no sabía nada, ni de UGT ni de nada (...), luego fui a «Cripa» (...) que estaba en la Gran Vía encima de «Chicote» (...), aquí también seríamos unas mil (...) en aquel momento yo ya cobraba un duro con dos reales (...) ya de oficiala (...), tenía dieciocho años (...) era una gran oficiala bordadora (...). Cuando salíamos nos paseábamos (...) desde Cibeles hasta Peligros (...), por la calle de Alcalá (...), nos juntábamos los sastres, las modistas (...), sí ya era el año 1926 (...), allí te salían novios..., ¡la edad!..., nosotras éramos bastante gamberras (...), nos reíamos mucho de todo el mundo (...).

«(En esa época) las organizaciones obreras, no se preocupaban, no trascendían..., sobre todo con las mujeres, con los hombres sí ya (...) había organizaciones, pero con las mujeres no...» (Entrevista núm. 20, Petra. Esta mujer llegó a ser en la época de la República secretaria del «Sindicato de la Aguja»).

Durante el periodo republicano y más tarde en la guerra, las reivindicaciones obreras surgidas al amparo de una mayor concienciación predispusieron a estas jóvenes a una actitud de colaboración activa en los años en que Madrid estuvo asediado y se formaron talleres de costura para ayuda a los soldados del frente. Las integrantes del «Sindicato de la aguja» se organizaron por distintos

⁷ Núñez Orgaz, A.: «Las modistillas de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)», p. 439 en A. Bahamonde y L. E. Otero (eds), *La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931*, III Coloquio de historia madrileña, vol. II. Madrid, CAM y Alfaz. 1989.

barrios y se dedicaron a confeccionar parte de la ropa que los soldados necesitaban, los sastres trabajaban en un taller muy importante en la calle Columela, y las chicas estaban en la calle Zurbano (hacían camisas y calzoncillos), otro en la calle Abascal y cerca del Observatorio, en Atocha⁸:

«(...)que era una nave muy grande con cristales y cuando sonaban los cañonazos los cristales saltaban y las mujeres no querían estar allí y las tuvimos que llevar a Atocha, encima del Calderón(...)» (Entrevista nº 20 a Petra Cuevas.)

Al finalizar la Guerra Civil y tras los años de penuria económica y de escasa actividad industrial en la capital, aparecieron de nuevo estas trabajadoras, que adaptadas a la nueva situación social, enlazan con la imagen anterior de las modistillas.

1. LAS «CHAVALAS» DEL TEXTIL

En Madrid a partir de finales de los años cincuenta asistimos a la irrupción de las mujeres en el trabajo industrial, sobre todo en las nuevas fábricas que empiezan a surgir ahora, tanto del metal («Isodel» es un ejemplo de ocupación de mano de obra femenina importante), como del textil; se trata de muchachas jóvenes, cuyas familias proceden, generalmente, de la emigración.

Como punto de partida debemos señalar que las jóvenes trabajadoras se insertan en la clase obrera madrileña, conformando su identidad social y obligándonos a repensar el concepto de clase, uniéndolo a la categoría de género. Para ello estudiaremos la trayectoria vital de las mismas y las actitudes que se evidencian en un determinado lenguaje al que accedemos, sobre todo, con los testimonios orales que sirven de base en este estudio⁹.

Los tres oficios principales en los que trabajaban las muchachas alrededor del año 1970 en Madrid eran, en primer lugar «los servicios personales y del hogar» (alrededor del 62,28 por 100 de la mano de obra asalariada del ramo), en segundo lugar el comercio minorista (34 por 100 del sector) y en tercer lugar la industria textil (64,8 por 100 del total)¹⁰.

Por sector textil, entendemos en el caso concreto madrileño, fundamentalmente el sector de la confección, ya que a diferencia de otras localidades, por ejemplo Cataluña, el trabajo en el textil se refiere, sobre todo, a fábricas de te-

⁸ Estos datos han sido aportados por la entrevistada Petra Cuevas que tuvo un papel destacado durante la Guerra Civil en Madrid, como responsable del «Sindicato de la Aguja».

⁹ Para la realización de esta investigación se llevaron a cabo 35 entrevistas a mujeres y 3 a hombres que trabajaron en el sector textil-confección distintos periodos, pero básicamente en el que se centra el análisis 1959-1986. Los testimonios orales resultan de un gran valor para estudiar el tema y reconstruir a través del lenguaje un código de significantes muy ilustrativo sobre la cultura del trabajo de las mujeres.

¹⁰ Babiano J.: *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 77.

lares o de industrias básicas del ramo; en la capital la tradición del textil es más tardía y se centra en la confección de industria del vestido, en sentido amplio. Estas fábricas conocieron un gran impulso al inicio de los años sesenta, en donde surgieron las más importantes: «Induyco», «Puente», «H.D.LEE», «Rok», entre otras, aunque algunas existían desde los años veinte, como en el caso de «Cortefiel». La mano de obra que trabajaba en los talleres estaba compuesta, en un 90 por ciento de los casos, de chicas jóvenes que tenían entre 15 y 25 años y daban al sector un carácter muy especial.

La mayor parte de las trabajadoras en las fábricas textiles nacieron en las comunidades próximas a Madrid, y sólo las más jóvenes nacieron ya aquí. Hay que recordar que son los años de la emigración de las familias en busca de trabajo y mejores salarios. Aunque la minoría de jóvenes es de origen madrileño, todas ellas entroncan con la imagen de la modistilla descrita páginas atrás.

2. LAS MADRES PROYECTAN LA TRAYECTORIA LABORAL DE LAS HIJAS

Todas las chicas comenzaron a ir a la escuela en sus nuevos barrios que forman ahora un arco, en lo que se denomina la primera corona de Madrid, entre las carreteras de Valencia y Toledo, además de las zonas de Tetuán y Ventas; se trata de los barrios de Canillas, Entrevías, Villaverde o San Blas. A estos se le irán uniendo otros nuevos a partir de la expansión económica de fines de los sesenta y primeros años setenta, organizándose la segunda línea de nuevas residencias obreras: Móstoles, Getafe, Leganés, Alcorcón etc.¹¹

Los testimonios orales nos hablan de unas escuelas muy rudimentarias, como en el caso de Vallecas, donde las chicas tienen que ir con su «sillita y una tabla», a estudiar todas el mismo libro «el Álvarez»; resulta muy significativo que apenas recuerden nada del curso que estudiaron o que plan de estudios siguieron, pero todas mencionan la enciclopedia de marras, y que el cambiar de «Álvarez», suponía promocionar de curso¹². La familia no tiene un interés especial en que alarguen el periodo de escolarización, ya que no se espera que éste sea el sistema para encontrar un trabajo algo más cualificado. Si existe alguna posibilidad de completar estudios, en la mayoría de los casos, son las

¹¹ Acerca de los cambios operados en Madrid en estos años, se puede ver Estébanez J. (ed.), *Madrid, Presente y Futuro*, Akal, Madrid, 1990, Castells, M.: *Ciudad, democracia y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1977, y Babiano, J. *op. cit.*, pp. 21 y ss.

¹² Resultan muy ilustrativos los relatos de estas mujeres que acuden a recibir enseñanza con unas carencias tremendas, en casas particulares, a veces, y que evidencian el grado de desatención en que se encontraba la educación infantil en estos barrios. La caridad de algunos centros religiosos, próximos a estas zonas, suplió en un principio esta necesidad, a veces dejando bien claro que las chicas que acuden a estas escuelas y no pueden sufragar los costes, tenían la condición explícita de «becarias».

mujeres de la casa, madres, abuelas..., las que empujan en mayor medida a las muchachas a continuarlos. El papel de las madres es determinante en la trayectoria vital de estas chicas. Generalmente es el esfuerzo de las madres, incrementando los recursos económicos familiares, el que posibilita que las jóvenes continúen con su formación escolar. Así mismo existe una mayor presión familiar para que sean los hijos varones los que completen estudios, que a la larga les puedan permitir una mejor inserción en el mundo laboral, que a las muchachas, a las que se les prevé una vida laboral más corta.

Un factor a tener en cuenta en la actividad laboral de estas jóvenes, es el número de hermanos y el lugar que ocupan en la familia. Era frecuente el hecho de que los hermanos mayores, —de uno y otro sexo—, fueran los primeros que se veían en la necesidad de incorporarse al mundo laboral¹³. Cuando uno o dos hermanos mayores trabajaban, los más pequeños tenían más posibilidades de alargar su escolarización. El esquema tipo es que el hermano mayor se coloque cuanto antes en una de las fábricas grandes del metal en el Madrid de estos años («Talbot», «Standard»...), la hermana mayor se quede en casa al frente de las tareas domésticas, toda vez que la madre normalmente sale a trabajar por horas, y además se encarga de cuidar de sus hermanos más pequeños. Los demás tenían más oportunidades de seguir en la escuela, sobre todo los chicos, a los que se les empujaba con más empeño a que se preparen para avanzar algo más en los estudios y buscar más adelante un empleo en la línea de «cuello blanco».

Estas chicas empezaban muy pronto a colaborar en la economía doméstica y a los nueve o diez años comenzaban a ayudar en distintas tareas en el domicilio familiar, ya sea en el negocio propio, desde ocupaciones como la chamarilería madrileña, en la «busca» (sobre todo en el barrio de Tetuán, en donde persistía esta actividad en los años cincuenta y sesenta, según atestiguan las fuentes orales¹⁴) o ayudando a coser a la madre, que realizaba este trabajo en el mismo domicilio familiar.

A pesar de que pocas veces se contabilize en las estadísticas, las madres tenían una actividad laboral remunerada con la que obtenían un salario que re-

¹³ «Por otro lado, en los casos en los que tanto los hermanos como las hermanas tienen un nivel de formación similar, la primera inserción laboral obedece a modalidades diferenciadas. La de los varones tiende a realizarse en empleos que ofrezcan la posibilidad de adquirir un oficio y abran perspectivas de movilidad profesional. Las estrategias de empleo masculinas obedecen a la configuración de un proyecto profesional autónomo. Para las hermanas, sin embargo, el primer empleo es siempre el más inmediatamente rentable en términos estrictamente salariales, independientemente de las posibilidades que este ofrezca de aprendizaje profesional o promoción», Borderías, C. (1991), *art. cit.*, p. 481.

¹⁴ Entrevista, nº 15, a Maribel, trabajadora de «Cortefiel», que describe la actividad en su barrio en los siguientes términos: «En el barrio de Tetuán había mucha gente que se dedicaba a las «bucacas» (...) que era que la gente recogía los desperdicios..., sobre todo la 'carbonilla': carbón, huesos, trapos... y todo eso, y luego lo vendían (...) como no se podía comprar carbón del bueno pues se compraba carbón que se llamaba 'carbonilla', que era unos trozos buenos y otros malos, mucho más barato. (...) lo que se hacía era buscar los productos y los apartaban: los trapos por un lado..., y luego se vendían... (...) la gente iba mucho a lo que ahora es el Barrio del Pilar que era todo un campoy había vacas y ovejas....».

forzaba la economía familiar. Muchas madres trabajaban por horas en tareas relacionadas con la limpieza. Lo más significativo de este trabajo era el horario y la lateralidad con que se enfrentaba esta actividad. Las madres debían compaginar el trabajo reproductivo en el domicilio y acomodar a éste el horario de su jornada laboral remunerada, por lo que ambas actividades se realizaban de una manera simultánea. Esto nos obliga a revisar la típica división del trabajo de las mujeres productivo/reproductivo, sin que haya discontinuidad. A menudo estos trabajos se realizaban mientras los otros miembros de la familia estaban fuera del hogar, porque la presencia de la madre se hacía imprescindible en la casa. Compaginar ambos trabajos se veía a ojos de estas jóvenes, como una tarea muy dura por lo que intentarían por todos los medios evitar la doble jornada laboral que ven en sus madres.

Será del reconocimiento de este enorme sacrificio de las madres de donde las chicas saquen el impulso para escapar a este destino y les empujará a buscar un tipo de trabajo distinto a este modelo. De hecho buscaron una actividad laboral con un horario reglamentado y visible, reconocido por todos, y que les permitía un tiempo libre del que puedan disponer sin cortapisas. Una de las razones fundamentales por las que las chicas buscan trabajo en las fábricas, aparte de la necesaria aportación económica al sustento familiar y la necesidad de reafirmarse como personas, es la huida del modelo de trabajo materno. El trabajo de las mujeres casadas, trabajo «por horas», fuera del domicilio familiar, en estos años de desarrollo económico y abundancia de mano de obra, era sin duda, de los más penosos y peor remunerados que podía haber en la clase obrera madrileña¹⁵, hasta el punto que las chicas reconocen años más tarde, no sólo el esfuerzo de las madres, sino el origen de su identidad personal. Un testimonio recogido se expresa en estos términos:

«Mi madre siempre ha trabajado muchísimo, en trabajos muy duros, hasta las tantas de la noche y cargada como una burra con bolsas (...), yo tengo que decir que quien soy se lo debo a mi madre, o sea es el carácter de mi madre, y la fortaleza de mi madre lo que ha hecho un poco de nosotros (de mi hermano y de mí) quienes somos.» (Entrevista núm. 1, Rosario)

Las madres de clase obrera realizan las tareas domésticas entendiendo su «actividad laboral» en sentido de «trabajo real»; quizás esta debería utilizar unas nuevas categorías analíticas y heurísticas, ya que este trabajo se entiende como una actividad que satisface, por una parte unas necesidades económicas, pero por otra también tiene una incidencia social ya que contribuye, en el ámbito familiar, a transformar la sociedad. En este sentido este trabajo supera el paradigma de actividad alienante que convencionalmente se le atribuye, ya

¹⁵ «El trabajo que realizaban las mujeres en la fábrica de quesos era horrible (...), había filas enormes llenas de quesos..., te ponías las botas Katiuskas y un mandil grande de plástico hasta abajo y a lavar quesos..., las manos se te cuarteaban hasta el codo...(...) eran sobre todo mujeres jóvenes y casadas, que iban por horas, y la explotación era brutal...». Entrevista nº 15 a Maribel.

que estas mujeres actúan en definitiva con un margen importante de iniciativa propia. Si como dice la crítica tradicional, las habilidades llevadas a cabo en el ámbito de lo familiar, eran algo innato, de naturaleza biológica, y de ahí su descalificación, las madres de familia obrera contradicen el argumento, escapando al proyecto que se espera de ellas, actuando por cuenta propia. La naturaleza específica del trabajo de las madres supone una variada gama de actividades, relacionadas con muchos aspectos de la actividad social, que no por el hecho de ser cotidianos y arrancar de la costumbre heredada a su vez de las madres, tiene menos valor como actividad «científica», entendiéndola desde el punto de vista del trabajo unido a la ciencia¹⁶. De ahí la necesidad de llevar a cabo nuevos análisis de carácter heurístico acerca de las relaciones sociales entre los sexos.

Por otro lado, las madres buscan indirectamente su realización personal en las hijas, o bien se sirven de ellas para llegar a tener lo que a ellas se les ha negado, de ahí la intervención en la trayectoria de las mismas, reflejando su propia identidad femenina.

Cabría hablar de un «feminismo popular» de estas mujeres que les lleva a tomar decisiones y disponer libremente de su cuerpo, como en el caso de los abortos o los hijos queridos, dos de las posturas que hemos visto en el estudio llevado a cabo en distintos barrios madrileños y que muestran la capacidad de libre actuación que a pesar de las prohibiciones, llegan a conseguir estas mujeres¹⁷. Por otro lado es necesario insistir en el hecho de que las madres de familia tienen una cierta capacidad de maniobra en cuanto controlan, en muchos casos, la paga del marido y en cierto modo, son las responsables de la economía familiar, por lo que resulta necesario insistir en la importancia del estudio de la familia como unidad de consumo¹⁸.

La formación de la cultura obrera de las mujeres en la dictadura franquista en la que el papel social de las mismas es muy excluyente, termina de imponer los términos en que esa cultura se lleva a cabo. El papel de las madres es fundamental al desestructurar el arquetipo femenino que el sistema trata de imponer. En este sentido las fuentes orales se muestran especialmente apropiadas para recoger el lenguaje y a través de éste, los conceptos y los valores de cultura y clase obrera. El estudio de la formación de género de las mujeres debe

¹⁶ Ver Rose, H.: «Trabajo de mujeres: conocimiento de mujeres», en *Mujeres: ciencia y práctica política*, Madrid, Debate, 1987.

¹⁷ Resulta muy interesante la argumentación que aporta Arlette Farge en su artículo «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía», en *Historia Social*, nº 9, invierno de 1991, p. 79 a 103.

En las entrevistas llevadas a cabo se han recogido testimonios de mujeres que recurrían al aborto cuando no deseaban tener más hijos, pero también lo contrario, así lo manifiesta el relato de una de las mujeres entrevistadas hablando de su madre que decidió en un momento determinado que «... ya no abortaba más, a partir de ahora, —le dijo a mi padre—, todos los hijos que me haga los voy a tener ...», esa era su manera de responder a una imposición por parte del marido.

¹⁸ Ver Delphy C.: «La función del consumo y la familia», en *Por un feminismo materialista, el enemigo principal y otros textos*, Barcelona, La Sal, 23, 1992, p. 53.

ayudar a dar una nueva dimensión al concepto de clase, disolviendo las viejas imágenes y, junto con el estudio del lenguaje, repensar de nuevo ambos conceptos encontrando una nueva identidad social para hombres y mujeres y ayudando con ello a recomponer una nueva historia social, con representaciones e imágenes nuevas de clase obrera. Sería necesario resaltar la idea de clase social, bajo la perspectiva de género, señalando la necesidad de reconceptualizar el término, por ejemplo con relación al nexo familiar e individual femenino. La historiografía tradicional separa la familia del estudio de clase, en el caso de las mujeres debe ir unido. El concepto de clase surge masculinizado como afirma Joan W. Scott¹⁹ por lo que se impone una revisión vaciada de conceptos ya superados.

El papel desempeñado por las madres de familia de los barrios obreros estudiados, nos lleva a plantear la urgencia de recomponer el concepto de trabajo doméstico como una actividad no reconocida socialmente, pero sí capaz de desarrollar unos recursos y un adiestramiento suficiente como para que las mujeres encuentren un resquicio de no alienación, dentro de la consustancial alienación que toda actividad laboral conlleva, enfocado esto desde un punto de vista materialista. Las madres de familia utilizan entonces esta grieta de iniciativa personal para planear nuevas estrategias de trabajo para las hijas, a la vez que realizan una labor más amplia de proyecto de unidad familiar: hijos, hijas, economía doméstica, redes de solidaridad con la vecindad, etc... Todo ello sin romper la invisibilidad de la presencia femenina en el ámbito familiar. Mientras el padre de familia está presente en el hogar, la madre se repliega al papel que el arquetipo social le impone, cuando el marido está ausente actúa: trabajo por horas, habla con las vecinas del barrio buscando información y acompaña a las hijas a buscar su primer trabajo.

Si todo comportamiento familiar tiende a ser mimético, las chicas ven en este ejemplo materno un paradigma de carácter fuerte y determinante que va a ser decisivo en su vida. En efecto las *chavalas* que van a trabajar a la fábrica consideran que dan un paso adelante en el camino de marcar diferencias con las trayectorias laborales de sus madres, de las que esperan escapar.

El término *chavalas* es el que se emplea siempre para referirse a las jóvenes que trabajaban en las fábricas como aprendizas, es un término muy madrileño, heredado de otras épocas, normalmente se siguen llamando así entre ellas,

¹⁹ «La concepción masculina de la clase influyó también en la definición de los problemas de los trabajadores por parte del movimiento obrero. Puesto que no se consideraba que las mujeres tuvieran propiedad por el trabajo, se hacía difícil encontrar una solución, a no ser que se las eliminara como fuerza de trabajo, a la crisis competitiva que significó para algunos oficios masculinos el empleo de mujeres a salarios bajísimos. No fue ni la falta de imaginación ni el machismo lo que evitó que se llevara a cabo una defensa seria de la situación de las mujeres trabajadoras, fue el proceso de construcción de clase lo que las dejó fuera. Aún cuando se hicieron intentos para extender los esfuerzos de sindicalización a las mujeres, estos resultaron problemáticos y difíciles debido a la necesidad de tenerlas en cuenta en el contexto de la presunta masculinidad de clase». Scott, J. W.: «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera», en *Historia Social*, nº 4, primavera-verano de 1989, p. 94-95.

desde que entran a la fábrica hasta el final, sin embargo los jefes o mandos intermedios, las denominan siempre «niñas», aunque lleguen a tener 50 años, en estrecha relación con el trato paternalista que les dispensan.

Antes de llegar a la fábrica normalmente habían tenido otros trabajos. Eran minoría las que empezaban directamente en la fábrica textil. La mayoría de jóvenes abandonaban la escuela hacia los doce años. Hasta los catorce, que era cuando entraban en las fábricas, la mayor parte se entrenaban en otras actividades relacionadas con la costura y eran las madres las encargadas de concertar las condiciones de los primeros empleos de sus hijas. Las madres se mueven con soltura por el barrio y recogen información suficiente como para llevar a las hijas a solicitar su primer empleo. Cuando el padre llegaba un día a su casa, se encontraba con la decisión ya tomada y la chica comenzaba a trabajar al día siguiente. Normalmente el taller al que acuden por primera vez las jóvenes, casi niñas, está cerca del barrio, en la zona sur, por Pacífico y en la norte, por el Barrio de Tetuán.

La costura, tradicional oficio de mujeres, era la actividad preferida. En fechas no muy lejanas, y sobre todo en zonas rurales, las muchachas que podían se dedicaban a elaborar el ajuar en sus casas desde una edad muy temprana. Más adelante se puede recurrir a unos grandes almacenes y comprar en un sólo día, todo lo que en otros tiempos costaba años de trabajo; por lo tanto se puede disponer de tiempo libre para invertirlo en trabajo remunerado con lo que poder acceder a los mismos fines.

Las muchachas, empezaban a trabajar en un taller pequeño de costura, ocupando una subcategoría que se caracterizaba exclusivamente por su *disponibilidad*. No tenían, por lo general horario, podían quedarse después que los demás se fueran para hacer tareas de limpieza y su actividad, a veces, sobrepasa el espacio del taller, estando a disposición de los dueños del mismo para cualquier tarea.

El sueldo en estos pequeños talleres de costura era bastante exiguo, cuando lo había, ya que la finalidad no era tanto ganar un buen sueldo como ir encarilando a la hija hacia esta actividad:

«(...)mi madre siempre..., lo suyo era recogerme... tenerme recogida y entonces en ese afán de quererme recoger, pues había una amiga mía que, dos años mayor que yo... que ya trabajaba de aprendiz en un taller, y ella fue la que me lo propuso, a mi me hacía una ilusión enorme..., claro todo lo que fuera no estar en el colegio me encantaba y a partir de ahí me fui a..., la verdad es que yo lo necesitaba quizá menos que otra gente, pero era más que nada, aquello. de..., bueno y además mi madre se lo dijo a la señora aquella: «lo importante es que esté recogida». Me pagaban 75 ptas., con eso te lo digo todo, a los doce años....» (Entrevista núm. 1, Rosario).

La trayectoria laboral de las mujeres se inicia pues con la idea de ocupar una actividad inmediata que reporte un beneficio económico rápido, y el oficio de modistilla era uno de los más atractivos a los que podía aspirar una chica que acaba de venir del pueblo y que quiere establecerse definitivamente en la ca-

pital. La idea que mueve a las madres a buscar el primer empleo para las hijas es la de un trabajo que pueda hacer compatible con su educación de género y, en alguna medida, con su futura vida marital²⁰.

Los talleres de costura estaban formados, por regla general, por una media docena de personas. Los dueños estaban casi siempre presentes controlando el trabajo. Las jóvenes que se incorporaban aprendían varias funciones de la mano de una oficiala, de la que guardan normalmente muy buenos recuerdos. También se encargaban de todos los recados para el taller.

En los primeros años de la década de los sesenta estas jóvenes se movían por Madrid repartiendo el género transportado en grandes telas, normalmente de forma cuadrada, y anudado de tal manera que a modo de bolsa, les fuera posible sujetar el peso. La imagen de estas jóvenes con su gran pañolón lleno de ropa, forma ya parte de la memoria de las gentes de Madrid en estos años.

«(en la sastrería)... la verdad es que estuve bien; la verdad es que tengo muy buen recuerdo (...) porque bueno, yo era la aprendiz, era la más pequeña y tengo muy buen recuerdo y muy mal recuerdo a la vez, se mezclan las dos cosas. Quiero decir que el mal recuerdo es llegar..., hacía poco que había venido del pueblo..., era novatilla..., y recuerdo..., pues eso, que tenía que ir a entregar a la calle Quevedo a una sastrería (...) el primer día que llegué (...) la otra que estaba, que ya no era aprendiz, que ya era un poquito mayor que yo y sabía más, pues esa fue la que me llevó a entregar y al día siguiente fui sola, no había ido a Madrid al centro, me refiero, nunca, y tuve que coger el tranvía, el 34, hasta Embajadores, allí el metro y luego además, bueno ya me has visto, de estatura bajita, con lo cual más...

Venía todos los fines de semana (a repartir), los sábados por la tarde, con un pañuelo negro, que es el que..., el que recuerde Madrid, tiene que recordar a las aprendizas aquellas..., los fines de semana con un pañuelo con todo lo que se suponía que teníamos que hacer durante la semana de trabajo; era sastrería..., pues eran americanas de caballero y trajes, entonces bueno era como «garbancito», en una palabra no se me veía...» (Entrevista núm. 13. Felisa).

Para la mayoría de estas muchachas el trabajar en pequeños talleres de modistería o sastrería, y la obligación de repartir el género, suponía tener el primer contacto con la capital, ya que hasta ahora su vida había transcurrido en el barrio periférico donde vivían, allí iban a la escuela, al paseo, al cine o al baile. Cuando tienen que salir al centro, se refieren a «ir a Madrid»

Otro testimonio nos relata en qué consistía el trabajo que realizaba una joven a los once años, por el que cobraba 165 ptas. a la semana, en el año 1962:

«(...) en una sastrería en Nueva Numancia, ya en Madrid (...), no teníamos seguro y bueno, pues allí era barrer, como eras aprendiz, barrías, llevabas café, agua..., y bueno, te enseñaban sí, varias operaciones: picar cuellos, quitar hilvanes y tal..., cosas de esas y luego además una de mis funciones era llevar a la hija del jefe, en este caso, al colegio que era uno de los mejores que había, y que hay en el Puente de

²⁰ Borderías C.: (1991), *art. cit.*, pp. 482 y ss.

Vallecas, que es «Gredos», al cole..., entonces a mí aquello me marcaba un poco, porque yo de regreso al trabajo pensaba que la hija de mi jefe era igual que yo, y que yo me iba a trabajar y ella se iba al cole, y encima era un cole bueno, pero yo otras veces me consolaba porque como era igual que ella era tan responsable que la podía acompañar al cole..., pues fíjate...» (Entrevista núm. 5 Maribel).

La actividad desempeñada en estos talleres o sastrerías, mantiene una estrecha relación con los que se llevan a cabo con anterioridad a la Guerra Civil, ya descritos.

Las chicas hacen de todo en su nuevo trabajo, pero sobre todo aprenden a independizarse y tomar decisiones, a partir de aquí se inician en una carrera laboral que, de no verse interrumpida por el matrimonio, intentan controlar ellas mismas, ya que lo que más llama la atención de la trayectoria vital de estas jóvenes es su independencia en todos los sentidos.

A la edad de catorce años las empresas textiles podían hacer un contrato de aprendiz, y a esa edad, —o quizás antes de cumplir los catorce años—, todas las chicas que querían trabajar buscaban con interés alguna fábrica que les resultara próxima por algún motivo.

3. EL SALTO A LAS FÁBRICAS GRANDES DE CONFECCIÓN

En los años sesenta no era difícil encontrar trabajo. La meta a la que aspiraban era una fábrica grande, sobre todo «Induyco», la más emblemática del sector. No era difícil que alguien del barrio trabajara en una fábrica, y unas a otras se pasaban la información:

«Mi hermana (...), mis primas trabajaban en «Triumph» (...) se conocían allí del barrio, porque había mucha gente del Gran San Blas y de San Blas, había mucha gente trabajando por ahí (...), en el textil, bueno yo me acuerdo que al principio iban dos autocares enteros desde el barrio para allá, para la fábrica... (Entrevista núm. 3, Antonia).

«Luego me cambio a otra (...) que se llamaba «Risuan» (...). Pues en el 63 o 64... yo recuerdo que ahí en esa fábrica tuve que esperar unos meses porque no tenía catorce años, para que me pudieran hacer el contrato (...), sí, tendría trece años para cumplir los catorce, yo sé que estuve un tiempo medio camuflada...» (Entrevista núm. 5 Maribel).

«Ya te digo vine (a Madrid) el 28 de junio y empecé (a trabajar) el 2 de julio (...) yo tenía aquí (en «Rok»), bueno tengo, una prima hermana de mi madre, que se vino antes y nos buscó la casita y sus hijas que estaban allí, hablaron con el jefe (...) de «Rok», que entonces era «Caesa» (...), estaba en Santa María Magdalena, donde está ahora la grande, aquí, lo que pasa es que era muy pequeña, eran dos plantas, era un edificio grande, pero no comparado con el que hay ahora. Eran dos plantas, abajo estaba el comedor, estaba el botiquín, los vestuarios y arriba la nave, era una nave sola, estaba el corte y las dos secciones que había, entonces se hacía vaqueros.» (Entrevista núm. 6, Francisca).

«'Dólar' está en Julián Camarillo, justo detrás, yo he trabajado siempre en esa zona, muy cerca de casa, iba andando a casa, pero era una característica común de todas nosotras, la mayoría de la gente; si ahora te paras a pensar ..., y conoces un poco las referencias..., te das cuenta de que todo el mundo trabajábamos muy cerca, era muy fácil encontrar trabajo casi en el polígono de al lado donde vivíamos...» (Entrevista núm. 1, Rosario).

El procedimiento era echar una solicitud y esperar a ser llamadas; tras un reconocimiento médico, y si se tenía catorce años se conseguía el contrato de aprendizaje.

¿Qué es lo que buscaban estas jóvenes cuando se ponían a trabajar?. Buscaban sobre todo un trabajo reglamentado. Un horario fijo, una jornada laboral marcada y poder disponer de tiempo libre. Todas ellas entregaban íntegramente el sueldo a su madre, no al padre. Luego su madre les daba lo que ellas iban necesitando.

Se presentaban a la fábrica con un bagaje laboral no reconocido, con un oficio normalmente aprendido en casa o en un taller, pero no valorado, porque todas ellas comenzaban de aprendizas y sobre todo, lo más importante, son una fuerza de trabajo moldeada en la obediencia y en la sumisión familiar, de la que el capital va a intentar sacar provecho. Muchas de ellas van a encontrar en el trabajo fabril su identidad y aprenderán a rebelarse a la vez que toman conciencia de la situación política y laboral que las rodea.

En los años setenta, una vez instaladas en los puestos de una cadena de producción, con un salario en relación al rendimiento, y donde se repite hasta la saciedad una determinada tarea, las chicas pierden su oficio. La mayoría de las veces desconocían el proceso completo, se les obligaba a ir muy deprisa y se pierde mucha labor, algo que a muchas de ellas les repugna. El trabajo en cadena desprecia una gran cantidad de piezas, que salen defectuosas, porque lo importante es que la cadena no se pare. Los cronometradores que «ponen los tiempos a la labor», son los auténticos controladores del sistema y es necesario «arreglárselas» con él para que no sea demasiado duro. Los sueldos eran tan exiguos que se hace imprescindible conseguir un buen destajo, y en consecuencia los ritmos de trabajo eran brutales. A veces, al término de la jornada laboral, eran frecuentes los ataques de nervios que en ocasiones se hacían colectivos y se producía un gran griterío, dando rienda suelta a la tensión acumulada, a menudo los sanitarios debían intervenir rápidamente para controlar la situación. La disciplina maquinaica del sistema se ve reforzada por los hombres del taller que intenta doblegar, aún más, a las jóvenes para que acepten los términos del sistema, todo ello disfrazado de un trato paternalista y protector.

Desde esta posición tan poco privilegiada, las mujeres trabajadoras tendrán que partir de cero y aprenderán a organizarse para defender sus intereses y luchar por unas mejores condiciones de salario y trabajo. En los años de la transición política, inmediatamente antes y después de la muerte del dictador, el sector textil-confección madrileño vivió una de las situaciones más conflictivas

y reivindicativas de la clase obrera²¹. En este momento parece que vuelve a renacer el impulso rebelde de las jóvenes modistillas que participan de forma activa, y de manera muy intensa, en todo el proceso conflictivo obrero. En las huelgas de los años 1975-77, las fábricas de «Induyco», «Rok», «Cortefiel», «Mirto» y «Punte»²² viven situaciones muy duras y el ejemplo de la lucha de estas chicas ha permanecido muy vivo entre la clase obrera madrileña. Allí donde los testimonios orales nos llevan, rellenando un hueco que las fuentes escritas silencian, aparece de forma nítida las huelgas que protagonizaron estas chicas, hasta el punto de que su presencia en las calles del barrio de la Arganzuela, por ejemplo, está presente en la memoria colectiva de toda la clase obrera madrileña que vivió estos años duros del fin de la dictadura.

Esta toma de postura de las mujeres, —es necesario recalcarlo—, se lleva a cabo como una lucha contra la patronal por un lado, con unas características muy especiales, formada en la mentalidad del empresario-emigrante que creó las grandes firmas comerciales (*Corte Inglés* y *Galerías Preciados*, principales casas matrices de la confección madrileña²³) y, por otro, contra la educación de género evidenciada en los enfrentamientos contra el elemento masculino que se encargaba de disciplinar a las mujeres: los jefes y mandos intermedios, los cronometradores, los padres, novios y hermanos que conminan a las mujeres para que desistan de su actitud de rebeldía y se plieguen a las normas, aceptando las reglas de juego. La prensa del momento nos habla de la presencia de los hombres en la puerta de los talleres actuando en connivencia con los patronos e instando a las chicas a entrar a trabajar en las situaciones de conflicto laboral, eran esquirols que provocaban que la policía interviniera di-

²¹ Ver Soto A. (Dir.), *Clase obrera, conflicto laboral y representación sindical de Madrid (1939-1994)*, Madrid, G.P.S., 1994, Unión Sindical de Madrid Región de CCOO; VV.AA. *Trabajadores en huelga*, Madrid, Popular, 1994.

²² Ver las referencias en prensa: *Cambio 16*, nº 190, 28 de julio de 1975, diario *Ya*, días 17 de noviembre, 18 de noviembre, 13 y 19 de noviembre de 1976, *Diario 16*, 22 diciembre de 1976, entre otros. También para el conflicto de «Induyco», empresa de confección filial de los grandes almacenes *El Corte Inglés*, resulta imprescindible el libro de Cuartas, J.: *Biografía del Corte Inglés*, Madrid, Límite, 1992, 2ª edición. Para todo lo relativo a las fábricas de confección-textil madrileño en estos años resulta de especial interés los fondos de los comités de empresa de las fábricas «Rok», «Punte», H. D. Lee, que se encuentran en el Archivo Fundación Primero de Mayo de Madrid.

²³ En buena medida los éxitos económicos espectaculares de las grandes empresas comerciales, cuyo punto de arranque está en la confección, se debe en buena parte al alto grado de rendimiento y productividad que obtienen de la fuerza de trabajo, sobre todo femenina, en los talleres. La mentalidad del empresario-emigrante y la «cultura del sacrificio» está en la base de esta exigencia. Como señala Javier Cuartas: «Uno y otro “Pepín” Fernández en «Galerías Preciados» y Ramón Areces en el «Corte Inglés» imponen una disciplina de hierro, una exigencia de abnegación y entrega en el trabajo que no encontrará límites ni aún en domingo, si es preciso, una identificación absoluta de los trabajadores con la empresa y con el modelo de comportamiento que la dirección espera de los empleados, una disponibilidad plena y entusiasta a cualquier requerimiento de colaboración más allá de lo estipulado o convenido, la aceptación con agrado y espíritu de servicio de cualquier necesaria prolongación de jornada, y una permanente disposición de renuncia a favor de los superiores intereses del establecimiento», *op. cit.*, p. 235.

solviendo a las que se habían concentrado en la puerta de las fábricas, mientras ellas se mantienen en sus posturas desobedeciendo y buscando su propio camino. Si se les obligaba a trabajar, «entraban por una puerta, salían por otra», como dice un compañero, líder sindical en esos años. Tampoco los sindicatos parecen comprometerse, algo más que de forma testimonial, con las luchas de estas mujeres, que deberán llevar el enfrentamiento con los hombres hasta la propia mesa del sindicato.

Por último cabe destacar la generosa dejación que las mujeres hicieron de sus reivindicaciones específicas con la intención de aunar fuerzas con el conjunto de la clase obrera en un momento en el que la lucha contra la dictadura y las concesiones a la transición democrática exigían una confluencia de interés en los que no se podía correr el riesgo de «desviar» las fuerzas. Debido a esto, la situación de las mujeres trabajadoras del textil-confección apenas mejoró²⁴. Más tarde, la crisis del sector que apareció en los años ochenta, produjo una descentralización y dispersión de los talleres hacia los municipios inmediatos al área metropolitana (Alcorcón, Leganés, Móstoles, Getafe, Arganda y Alcobendas). Mientras el empleo cayó al 50 % desde 1978 hasta 1987, sustituyéndose el empleo declarado por el sumergido, con lo que se cierra este ciclo de trabajo fabril que se inició en talleres familiares y acaba precarizándose en los domicilios familiares de las trabajadoras²⁵.

²⁴ Todavía más, a partir de 1980 podemos concluir que existe un avance en cuanto a la segmentación del mercado de trabajo a la vez que se da una mayor inserción en el mercado laboral de las mujeres. Así, «el análisis de los distintos aspectos del empleo y del trabajo que hemos realizado ha puesto en evidencia que la integración de las mujeres en el mercado laboral está suponiendo un doble movimiento: un aumento de las desigualdades entre trabajos masculinos y femeninos, es decir, un reforzamiento de las fronteras entre espacios laborales segmentados por género y una creciente diferenciación entre las propias mujeres. Esto es consecuencia, por una parte, de las relaciones patriarcales presentes en nuestras sociedades, que asignan roles según sexo y, por otra, de las políticas económicas y de empleo de las últimas décadas, que conducen a un reforzamiento del 'ghetto' laboral femenino en empleos precarios de bajos salarios». Carrasco C. y Mayordomo M. «La doble segmentación de las mujeres en el mercado laboral español», en *ICE, Mujer y economía*, febrero 1997, nº 760, p. 57.

²⁵ Para continuar la evolución de la industria textil-confección en Madrid puede consultarse el estudio de Ana Sabaté y otros, «División del trabajo según género y reestructuración económica: la industria de la confección en zonas rurales (C. A. de Madrid), (documento de trabajo), también los estudios de G. Flores, «La industria de la confección en la Comunidad Autónoma de Madrid, 1998, Documento de trabajo. Conserjería de Economía y F. Martín Gil, «Las trabajadoras rurales como factor de localización de la industria de la confección. Algunas estrategias empresariales», III Coloquio de Geografía industrial. 1990. Sevilla.